

CONSTRUIR, SIGNIFICAR, PERPETUAR... LUGARES PARA LA MUERTE ESPACIOS DE LA VIDA COTIDIANA¹

TO BUILD, TO MEAN, TO PERPETUATE ... PLACES FOR DEATH, SPACES FOR
DAILY LIFE

CHIAPPE SÁNCHEZ, NATALIA R.¹

ORIGINAL RECIBIDO EL 31 DE OCTUBRE DE 2008 • ORIGINAL ACEPTADO EL 12 DE NOVIEMBRE DE 2009

RESUMEN

El tema de este trabajo se centra en las formas en que los grupos agroalfareros tempranos, que construyeron y habitaron el sitio Bajo los Cardones -Quebrada de Amaicha, Departamento de Taquí del Valle, Tucumán- configuraron la muerte en la vida social. Partimos para este análisis desde uno de los aspectos de la vida cotidiana: la construcción de los espacios sociales, puntualizando en los lugares destinados para la muerte y su vinculación en el ordenamiento de los demás espacios sociales. De esta manera, en base a un análisis espacial, se plantean formas diferenciales de construir los lugares para la muerte y sus posibles incumbencias a escala social. Aún así, esta diferenciación deja en evidencia una configuración particular del rol de la muerte como unificadora en contenidos de los *habitus* sociales en este sector de Bajo los Cardones.

PALABRAS CLAVE: lugar, espacio, *habitus*, construcción social de la muerte

ABSTRACT

This work focus on the forms in which early formatives groups that constructed and inhabited the archaeological site Bajo los Cardones -Amaicha del Valle, Department of Taquí del Valle, Tucumán- grave place to death in their social life. We start this analysis from one of the aspects of daily life: the construction of social spaces, emphasizing the places destined for the death and its entailment in the ordering of other social spaces. In this way, on the basis of a space analysis, differential forms of constructing the places for the deads and their possible concerns on social scale are posited. Even so, this differentiation evidences a particular configuration in the role of death unifying social contents of *habitus* in this sector of Bajo los Cardones.

KEYWORDS: place, space, *habitus*, social construction of the death

¹ BECARIA CONICET • IAM-ISES • UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN • YERBA BUENA (4107), TUCUMÁN, ARGENTINA
E-MAIL: chiappesanchez@gmail.com

INTRODUCCIÓN

La muerte implica, tanto para el sujeto como para el colectivo social, mucho más que el perecer de un cuerpo. En tanto que el cuerpo detiene sus funciones vitales, el actor social continúa su trayecto por la cotidianidad de los vivos de diversas maneras. Testigo de esto son las construcciones espaciales que consagran los límites materiales entre la vida y la muerte, impregnadas de significaciones sociales, de legitimaciones que trascienden el tiempo y reconfiguran adscripciones socio-culturales (Ver por ejemplo Hertz 1907, Van Gennep 1909).

Partimos de la perspectiva -desarrollada ampliamente por diversos autores aunque con algunos matices diferenciales (Bourdieu 2007 a, b, c; De Certeau, 1996; Taboada 2003; Vargas Arenas y Vivas, 2000; entre otros)- de que todas las sociedades se presentan como espacios sociales. Según Bourdieu, estructuradas de diferencias que solo pueden comprenderse a condición de construir el principio generador que funda esas diferencias en la objetividad. Este principio, según el mismo autor, no es otro que la estructura de la distribución de las especies de capital² que son eficientes en el universo social considerado, y que varían de acuerdo a los lugares y los momentos (Bourdieu, 1999, 2007 a, b).

Siguiendo al mismo autor, el espacio social se define por la exclusión mutua, o la distinción, de las posiciones que lo constituyen, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales (a su vez definidas como posiciones en la estructura de la distribución de las diferentes especies de capital). Los agentes sociales, y también las cosas, en la medida en que los agentes se apropian de ellas y, por lo tanto, las constituyen como propiedades, están situados en un lugar del espacio social, lugar distinto y distintivo que puede caracterizarse por la posición relativa que ocupa en relación con los otros lugares (por encima, por debajo, en situación intermedia, etcétera) y por la distancia (llamada a veces “respetuosa:

e *longin-quo reverentia*) que los separa de ellos. Por ello es susceptible de un *analysis situs*, de una topología social. (Bourdieu 1999: 178)

El espacio social tiende a reproducirse, de manera más o menos deformada, en el espacio físico, en forma de una determinada combinación de los agentes y las propiedades. De lo que resulta que todas las divisiones y distinciones del espacio social (arriba/abajo, izquierda/derecha, etcétera) se expresan real y simbólicamente en el espacio físico apropiado como espacio social codificado. Este espacio se define por la correspondencia, más o menos estrecha, entre un orden determinado de coexistencia (o de distribución) de los agentes y un orden determinado de coexistencia (o distribución) de las propiedades (*op cit.*: 179).

De Certeau marca una diferencia entre las nociones de espacio y lugar, que resulta interesante como herramienta para el análisis de la materialidad. Desde su perspectiva un ‘... *lugar* es el orden, cualquiera que sea, según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia, de esta manera se excluye la posibilidad de que dos cosas se encuentren en el mismo sitio, y, a su vez, se impone la ley de lo “propio” y distinto que cada uno define. Un lugar es una configuración instantánea de posiciones, lo que implica una indicación de estabilidad...’ (De Certeau 1996: 129-130).

En cuanto al *espacio*, toma en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. De esta manera, ‘...el espacio se piensa como un cruzamiento de movilidades. Está, de alguna manera, animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan, por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan, y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales. El espacio, a diferencia del lugar, carece pues de la univocidad y de la estabilidad de un sitio “propio”. En suma, *el espacio es un lugar practicado...*’ (De Certeau 1996: 129).

De esto se desprende que la construcción de los espacios sociales, incluida en esta noción tanto el ordenamiento material como el simbólico, se encuentra estructurada por el *habitus* y sus consecuentes prácticas, a partir de las cuales se fundan los ‘lugares’, significados y resignificados en el devenir social. De esta manera, el análisis de la espacialidad, entendiendo en ella la dinámica social, y las construcciones arquitectónicas, como fuentes de poder, herramientas sociales que permiten generar distintos tipos de capital (Bourdieu 2007a, 2007b; Foucault 1998; Hutson 2002; Nielsen 1995, Taboada 2005, entre otros), es una vía de aproximación a la configuración de los *habitus* sociales a través del tiempo.

Las aproximaciones metodológicas desarrolladas por distintos autores (Nielsen 1995, Moore 1996, Taboada 2003, 2005, entre otros) han abierto diversos campos de abordaje sobre la construcción del espacio social y sus implicancias. Consideramos que nuestro punto de partida para el análisis de las prácticas funerarias y sus vínculos con la vida cotidiana se puede centrar en la unidad mínima de organización social -considerada desde su materialidad en un sitio-. C. Taboada (2003), en un afinado análisis de lo que implicaría el concepto de ‘grupos domésticos’³, y su posible aprehensión desde la arqueología, considera que resulta más operativo partir del estudio del *espacio doméstico*, analizando unidades constructivas residenciales y sus espacios asociados, entendidos como hábitat de interacción del grupo doméstico que allí reside. Es decir, el espacio de residencia es el referente material, no de una ‘unidad doméstica’ inidentificable desde la arqueología, sino de una unidad socio-residencial mínima, más sencillamente, de un grupo social que co-reside y desarrolla actividades. De esta manera, Taboada plantea que la arquitectura doméstica, en tanto referente material de la unidad social que reside bajo su techo, no puede ser entendida como estática, sino por el contrario cambiante, según se modifica el grupo social que alberga, sus necesidades y usos, o según se transita la

experiencia cotidiana de usos, requerimientos y degradaciones materiales del espacio y de la arquitectura (*op.cit.* 54).

Así, el acercamiento a las formas materiales, espacios y dimensiones en que los grupos prehispánicos han proyectado la muerte, las características privativas que distinguen a los lugares y estructuras concebidas para ritualizar la muerte y alojar a los muertos, de los otros espacios y estructuras vinculados, se constituyen como herramientas metodológicas que nos aproximan a nuestro tema de estudio. Entendidas las estructuras arquitectónicas como herramientas sociales (Hutson 2002, Nielsen, 1995; Moore 1996) que producen, reproducen y legitiman relaciones asimétricas de poder y denotan las estructuras sociales. Aún así, aludiendo a Hutson es interesante destacar que aunque “...los edificios afectan la naturaleza diaria del discurso social introduciendo ciertos valores en el contexto de interacción (Thomas 1993: 83). Estos valores son múltiples porque los espacios humanos son el resultado de muchas personas comprometidas en muchos proyectos. Personas diferentes leerán valores diferentes de los mismos lugares, como resultado de la especificidad histórica de sus prácticas. Los lugares son así multivocales” (*op cit.* 2002: 59).

Teniendo en cuenta estas premisas, analizaremos las estructuras arquitectónicas como forma de aproximación a nuestro tema central. Las mismas pueden ser consideradas en términos de múltiples atributos (Moore 1996): escala, ubicación, permanencia, centralidad y visibilidad.

El análisis espacial se ha realizado desde dos perspectivas: primero a nivel asentamiento y en segundo lugar a nivel unidad mínima de análisis, en nuestro caso denominada ‘espacio doméstico’ (Taboada 2005).

Esta división se ha planteado en base a la necesidad de visualizar los criterios de construcción de este espacio particular en relación

a los tipos de estructuras arquitectónicas definibles a diferentes escalas, y sus posibles formas de vinculación.

Definidos brevemente los conceptos base que configuran nuestra visión de lo social, y planteada las formas en que estos pueden ser estudiados a partir de unidades de análisis aprehensibles para la arqueología, consideramos que una aproximación a los actores sociales prehispánicos se hace posible a través de las representaciones que de ellos tiene el colectivo social. Sus formas de desplegar una serie de operaciones, prácticas, que signifiquen la posición que tuvieron los sujetos en vida, y la que tendrán en su muerte.

Asimismo, tales prácticas son condicionadas por los *habitus* sociales, legitimadas y perpetuadas en una serie de indicios materiales a los cuales la arqueología puede acceder mediante sus representaciones materiales. Estos son los aspectos de lo social que pretendemos abordar desde un espacio particular: sector noroeste de Bajo los Cardones, temporalmente vinculado con grupos agroalfareros tempranos (Somonte 2005, 2009), y centrándonos en la construcción social de la muerte como punto de partida para un acercamiento a la configuración de estas sociedades.

PUESTA EN PRÁCTICA: FUNDACIÓN DE LUGARES, CONSTRUCCIÓN DE ESPACIOS

RELEVAMIENTO DE LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO SOCIAL

El área donde se inserta el sitio analizado, se encuentra en la Localidad de Los Cardones, en el extremo noroeste de la Quebrada de Amaicha, Dpto. Taquí del Valle, Provincia de Tucumán. Dicha Quebrada pertenece al ambiente morfoestructural de las Sierras Pampeanas, se desprende del sistema del Aconquija en el Abra del Infiernillo, tomando una orientación sureste/noroeste, alcanza una extensión de 16km, hasta unirse con

el valle de Santa María. Se encuentra limitada por los cordones montañosos de las sierras del Aconquija y Cumbres Calchaquíes.

El sitio Bajo los Cardones, constituye un espacio delimitado de manera arbitraria en el que se encuentran superpuestos varios paisajes arqueológicos. Lejos de ser una unidad espacial de análisis homogénea, conforma un paisaje arquitectónico compuesto por distintos espacios domésticos, que dan lugar a un panorama que nos remite a la coexistencia y superposición de construcciones sociales desarrolladas en el área a lo largo del tiempo (Somonte 2002). Somonte (2002, 2005) ha realizado una primera división del espacio basada en caracteres arquitectónicos que lo diferencian en términos generales. En cuanto a la cronología del sitio, este fue considerado en primera instancia como agroalfarero temprano en base a la presencia de evidencias cerámicas y líticas correspondientes (Somonte 2007). Actualmente, Somonte (2009) expone los resultados de las muestras remitidas al LATYR, las cuales proceden de los cuerpos ubicados en el espacio a tratar en este trabajo, identificado como cista. Los informes de las dataciones de las muestras enviadas indican que la edad radiocarbónica convencional de la muestra correspondiente al cuerpo I y II son de 1300 ± 70 años AP (LP1951, huesos, $\delta^{13}\text{C} = -20 \text{‰} \pm 2$). En cuanto a la calibración, para este fechado los dos posibles rangos de edades son 686 - 827 cal AD y 839 - 864 cal AD (Calibrado a 1 sigma con el programa CALIB 5.0.1, Stuiver y Reimer 1993).

Las investigaciones llevadas a cabo en el presente trabajo se concentran en el denominado sector noroeste del sitio arqueológico "Bajo los Cardones". Más precisamente ubicado en el paraje conocido como Los Cardones, sobre la margen derecha del río Amaicha (coordenadas $26^{\circ} 39' 04.30''$ S y $65^{\circ} 50' 29.98''$ O). A esta altura, la Quebrada de Amaicha es cruzada por un gran abanico aluvial, sobre esta geoforma de suave pendiente, y en su sector distal, se encuen-

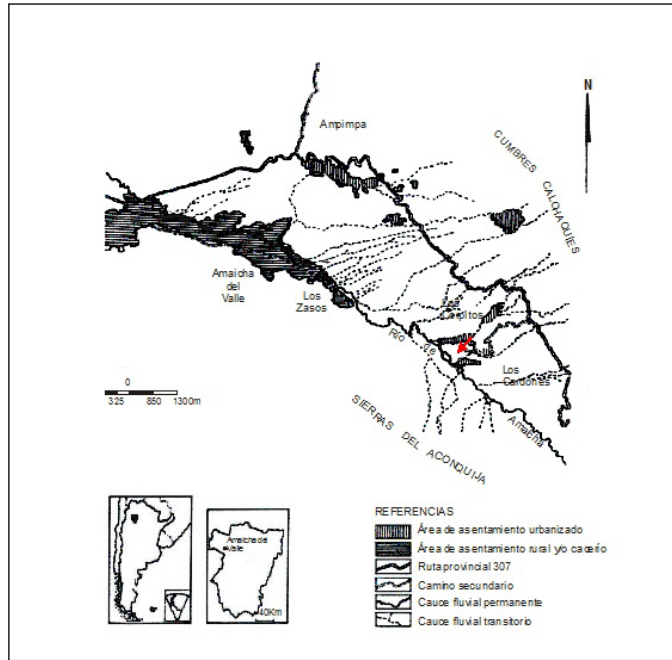


FIGURA 1 • MAPA DE UBICACIÓN. TOMADO DE C. SOMONTE, 2004.

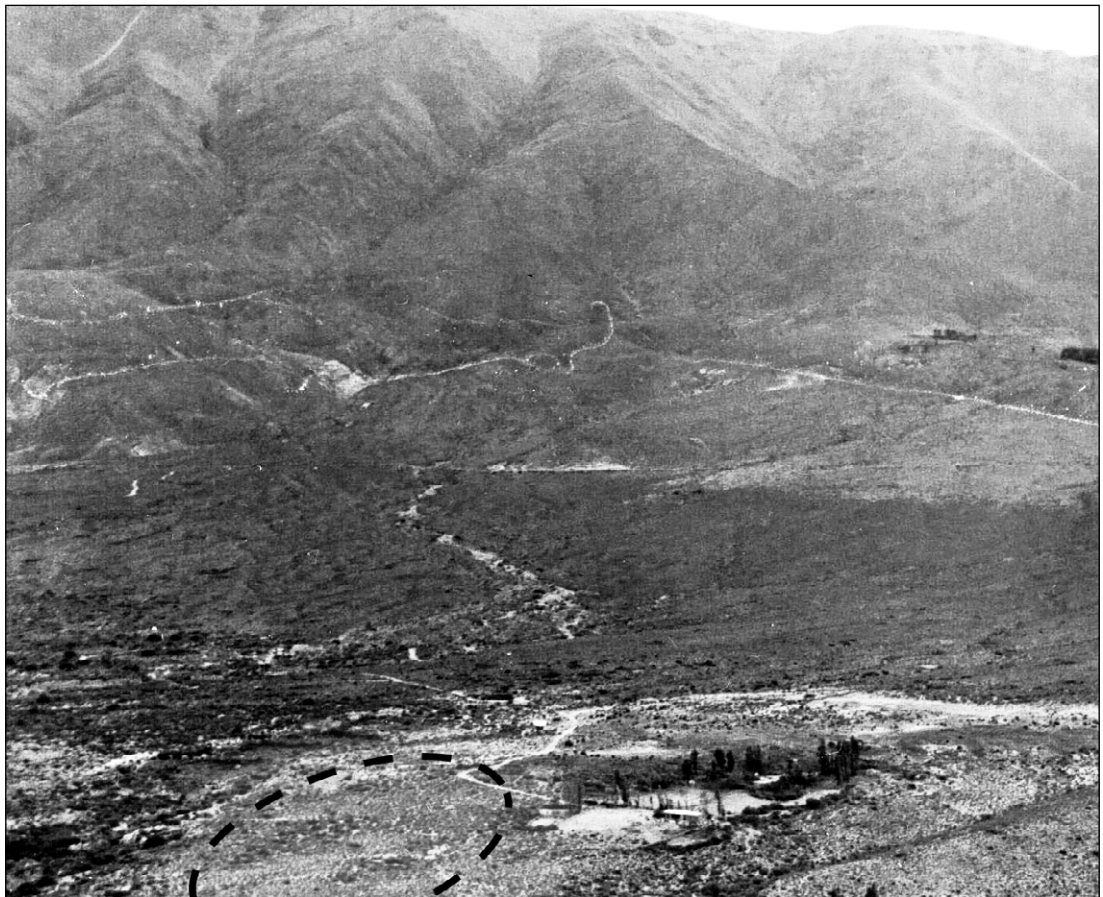


FIGURA 2 • PANORÁMICA CON UBICACIÓN DEL SITIO ARQUEOLÓGICO.

tra emplazado un importante yacimiento arqueológico del que forma una pequeña parte el sitio en cuestión (Somonte, 2002) (FIGURAS N° 1 Y 2).

En la campaña de enero del 2007, se realizaron, entre otras, tareas de relevamiento concentradas en el sector NO del sitio Bajo los Cardones (Somonte 2002, 2005). Por razones operativas el trabajo se desarrollo solo en el

extremo norte del sector mencionado, delimitando un área representativa de la construcción del espacio⁴.

El relevamiento abarcó una superficie de 13.500 m² (150x90 m), en la cual se registraron y graficaron (FIGURA N° 3) dos tipos de construcciones diferenciales: estructuras monticulares (n=18) y recintos circulares (n=18), en ambos casos formando asocia-

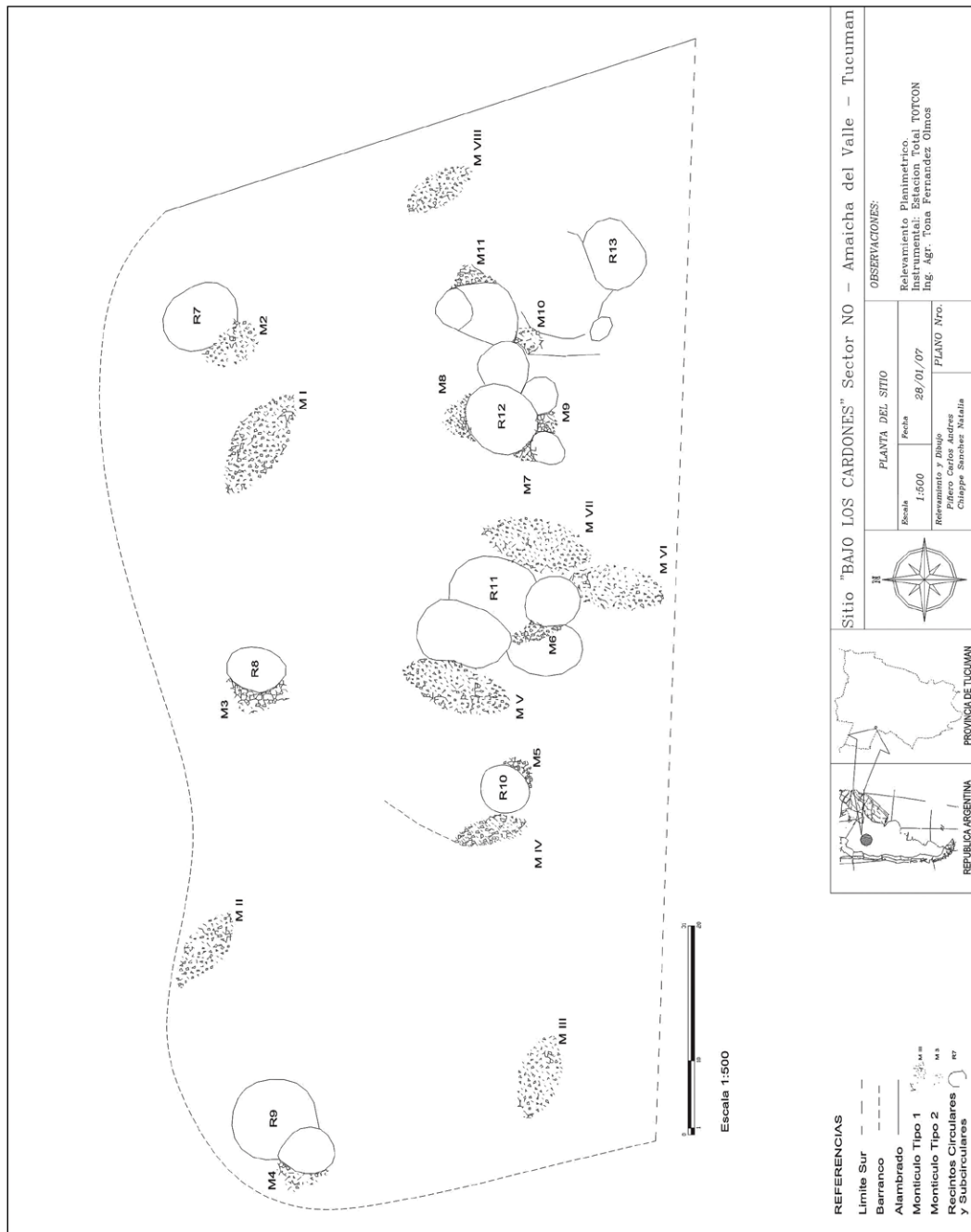


FIGURA 3 • VISTA DE PLANTA DEL SITIO BAJO LOS CARDONES -SECTOR NO-

ciones arquitectónicas particulares. En relación a la distribución los recintos circulares, pueden encontrarse formando grupos aglutinantes, en el que se consideró al conjunto como unidad, o en forma aislada. En todos los casos los recintos, o conjuntos, se encuentran asociados a estructuras monticulares aunque las mismas también pueden encontrarse aisladas.

En el relevamiento se prestó atención principalmente a la construcción y disposición de los montículos, por tratarse de estructuras con antecedentes de haber sido utilizados como lugares funerarios (Somonte 2005, Chiappe Sánchez 2007). Se evaluaron las variables propuestas por Moore (1996): escala, ubicación, permanencia, centralidad y visibi-

lidad. En cuanto a la variable escala se trabajó con atributos cuantitativos con la intención de visualizar claramente las diferencias /similitudes que se percibían en el campo. De esta manera se confeccionó una lista que involucra los tres ejes formales -longitud, ancho y altura- incluyendo también atributos cualitativos -forma- (TABLA N° 1).

La información recabada en relación al resto de las variables se expone por separado para facilitar su lectura (TABLA N° 2). En todas las ocasiones las observaciones expuestas son de carácter cualitativo, en el caso de la variable ubicación, ésta es valorada con respecto a la localización de los montículos y su vinculación con el resto de las estructuras identificadas. La centralidad y visibilidad

Atributo Montículo	Longitud	Alto	Anchura	Forma
1 (M2)	7	4,50	0,80	Semicircular
2(M I)	16,50	9	1,80	Oval
3 (M 3)	6,50	3	0,80	Semicircular
4 (M II)	12,50	5,30	1,60	Oval
5 (M 4)	7	2	0,70	Semicircular
6 (M III)	12,30	5	1,60	Oval
7 (M IV)	11	4	1,80	Oval
8 (M 5)	5	2	0,70	Semicircular
9 (M V)	16,20	8,50	1,90	Oval
10 (M 6)	6	3,50	0,50	Subtriangular
11 (M VI)	14	6,70	1,90	Oval
12 (M VII)	16	7	2,00	Oval
13 (M 7)	2,50	2	0,60	Semicircular
14 (M 8)	6	4,50	0,50	Semicircular
15 (M 9)	3,50	3	0,80	Semicircular
16 (M 10)	4	3,50	0,70	Semicircular
17 (M 11)	6	4	0,50	Semicircular
18 (M VIII)	11	5	1,20	Oval

TABLA 1 • ESCALA DE LAS ESTRUCTURAS MONTICULARES. TODAS LAS MEDIDAS SE EXPRESAN EN METROS.

Variable	Ubicación	Permanencia	Centralidad	Centralidad	Visibilidad	Visibilidad
			en relación a los recintos	en relación al asentamiento	en relación a los recintos	en relación al asentamiento
Montículo						
1 (M 2)	Adosado a R7	Alta	Perimetral	Periférico	Alta	Moderada
2 (M I)	Aislado	Alta	Periférico	Periférico	Alta	Alta
3 (M 3)	Adosado a R8	Alta	Perimetral	Periférico	Alta	Moderada
4 (M II)	Aislado	Alta	Periférico	Periférico	Alta	Alta
5 (M 4)	Adosado a R9	Alta	Perimetral	Periférico	Alta	Moderada
6 (M III)	Aislado	Alta	Periférico	Periférico	Alta	Alta
7 (M IV)	Tangente a R10	Alta	Periférico	Central	Alta	Alta
8 (M 5)	Adosado a R10	Alta	Central	Central	Alta	Moderada
9 (M V)	Tangente a R11	Alta	Periférico	Central	Alta	Alta
10 (M 6)	Adosado a R11	Alta	Perimetral	Central	Alta	Moderada
11 (M VI)	Tangente a R11	Alta	Periférico	Central	Alta	Alta
12 (M VII)	Tangente a R11	Alta	Periférico	Central	Alta	Alta
13 (M 7)	Adosado a R12	Alta	Perimetral	Central	Alta	Moderada
14 (M 8)	Adosado a R12	Alta	Perimetral	Central	Alta	Moderada
15 (M 9)	Adosado a R12	Alta	Perimetral	Central	Alta	Moderada
16 (M 10)	Adosado a R12	Alta	Perimetral	Central	Alta	Moderada
17 (M 11)	Adosado a R12	Alta	Perimetral	Central	Alta	Moderada
18 (M VIII)	Aislado	Alta	Periférico	Periférico	Alta	Alta

TABLA 2 • CLASIFICACIÓN DE LA VARIABLE UBICACIÓN, PERMANENCIA, CENTRALIDAD Y VISIBILIDAD.

fueron analizadas desde dos perspectivas: las estructuras monticulares en relación a los recintos y al asentamiento.

El análisis de la escala permite apreciar, en general, una recurrencia en la dimensión y forma de las estructuras monticulares. Esta regularidad, a su vez, permite diferenciar dos pautas de diseño a nivel formal: montículos ovales (M 2, 4, 6, 7, 9, 11, 12 y 18) y semicirculares (M1, 3, 5, 8, 10, 13, 14, 15, 16 y 17). Los primeros presentan mayores dimensiones en sus coordenadas espaciales que los segundos, generalmente duplicando su tamaño en los tres ejes.

En cuanto a la ubicación, la regularidad de la diferencia se repite. Los montículos de ma-

yor tamaño (ovales) se encuentran aislados del resto de las estructuras, ya sean monticulares o recintos circulares. En algunos casos se los ha clasificado como tangenciales a los recintos, pero consideramos que esto se debe a la acción de procesos de formación -naturales- posterior a su construcción y abandono. En todos los casos, el carácter tangencial parece deberse al derrumbe de las rocas que forman el montículo sobre los límites de los recintos, los cuales se encuentran en un nivel considerablemente inferior a la base de los montículos. Aún así, por no haberse realizado excavaciones que afiancen este planteo los hemos asignado a otra categoría.

De diferente manera, las estructuras monticulares de menor tamaño (M1, 3, 5, 8, 10, 13,

14, 15, 16 y 17) se encuentran adosadas a los recintos, ya sean estos aislados o aglutinados. Es importante mencionar que todos los recintos están vinculados con al menos uno de estos montículos. En estos casos la categoría fue definida de este modo por la forma de locación de los montículos en relación a los recintos, encontrándose los primeros adosados a alguna sección de los lados del perímetro circular. En algunas ocasiones, y posiblemente por una incorporación posterior de recintos a una unidad base, las estructuras monticulares han quedado restringidas por más de un recinto, siendo el caso extremo M10 el cual se presenta como central en relación a una serie de círculos. De la misma manera, solo en estos casos -arreglos circulares aglutinados- se registró la presencia de más de una estructura monticular de este tipo.

En relación a la permanencia, la técnica constructiva de las estructuras monticulares, al menos a nivel superficial, está configurada por acumulación intencional de gravas de diversos tamaños, aunque siempre dentro del rango comprendido entre los 5 y 20 cm. Las mismas son delimitadas por rocas de mayor tamaño, ubicadas en su base, las cuales generalmente se presentan cubiertas por el derrumbe de las gravas de menor tamaño. Este tipo de construcción es común a todas las unidades monticulares registradas, lo que implicaría una intención de dar a la construcción un carácter de alta perdurabilidad.

La centralidad, puede evaluarse desde dos perspectivas: en relación al asentamiento y, también, al resto de estructuras identificadas.

En relación al asentamiento, las estructuras monticulares se encuentran dispersas en todo el espacio relevado exhibiendo una distribución constante entre y con los recintos circulares. Los considerados periféricos -M1, M2, M3, M4, M5, M6 y M18- corresponden a aquellos que se encuentran sobre los límites del asentamiento (barrancos); y centrales -M7, M8, M9, M10, M11, M12, M13, M14, M15, M16 y M17- por su relación inversa.

Esta clasificación no nos permite diferenciar una localización particular de alguno de los dos tipos de montículos que perfilan las variables anteriores, sino visualizar que, a nivel asentamiento, los montículos se distribuyen en todo el espacio relevado.

Cuando evaluamos la centralidad en relación a los recintos, se registra una regularidad concordante con los tipos esbozados anteriormente. Los montículos ovales -M 2, 4, 6, 7, 9, 11, 12 y 18- se ubican en la periferia de los recintos circulares, ya sea aglutinados o simples. Contrariamente los semicirculares -M1, 3, 5, 8, 10, 13, 14, 15, 16 y 17- presentan una configuración perimetral en alguno de los límites externos de los recintos. Solo en el caso de M8 se clasifica la posición como central, lo que a nuestro entender, y como explicamos en párrafos anteriores, podría deberse al aglutinamiento de los recintos circulares.

En cuanto a la visibilidad, esta variable también fue valorada desde las dos perspectivas planteadas en el caso de la centralidad.

En relación al asentamiento, la visibilidad de los montículos desde esta perspectiva es notablemente diferencial. Los montículos ovales, de mayor tamaño y amplia disposición entre los recintos -sin asociación directa con alguno de ellos- se posicionan como altamente perceptibles en la configuración espacial. Al estar ubicados entre las distintas estructuras se convierten en parte vinculante de los espacios comunes de tránsito, y su tamaño y altura, los impone sensorialmente otorgándoles, a la vez, la condición de obstáculos visuales del resto de los montajes.

Otra disposición es la de los montículos semicirculares, que al encontrarse formando parte de la construcción de los recintos circulares, a modo de unidad, su percepción no es tan notable. El juego de la percepción visual en un espacio con marcadas diferencias de nivel -pendiente pronunciada en sentido S/N-, la baja altura de estos montículos y la escasa diferenciación en relación a la altura del muro del recinto al que se encuentra asociado, se

conforman como atributos que disminuyen su percepción. Aún así, la técnica constructiva y su carácter monticular los distingue en la construcción espacial, razones por las que han sido clasificados como de visibilidad moderada.

En relación a los recintos, desde esta perspectiva, la visibilidad de los dos tipos monticulares es apreciada de manera diferente. Las construcciones ovales, a pesar de su escala y ordenamiento, pierden predominancia, sin perder el carácter de alta visibilidad, principalmente por las características constructivas de los recintos. El nivel de base de los muros se encuentra a menor nivel que la superficie del terreno -1m aproximadamente como mínimo- y los montículos semicirculares adosados en el sector de mayor nivel en relación al entorno. A su vez, el punto de mayor cota de la monticulización de estos últimos está dado a unos 0, 50 m del muro del recinto, acercando y sesgando la percepción de las dimensiones, y de las construcciones circundantes. Así, tomando como punto de fuga el centro de los recintos (FIGURAS N°4 Y 5) -o en el caso excavado, la entrada del mismo-, se proyecta una alta visibilidad de los montículos semicirculares, ampliando la percepción de sus dimensiones reales, equiparándose a la predominancia de los de mayor tamaño.

Sobre la base del análisis de los caracteres arquitectónicos desarrollados consideramos que las estructuras monticulares pueden diferenciarse en dos tipos:

Tipo 1: Montículos de gran tamaño y altura, de forma oval, aislados o ubicados tangencialmente a los recintos circulares, de amplia distribución y alta visibilidad.

Tipo 2: Montículos de menor dimensión y altura, de formas irregulares y variadas, vinculados arquitectónicamente a los recintos circulares.

Esto refleja las diferencias mencionadas anteriormente como criterios de demarca-

ción, a la vez que hace notorio que en ambos tipos de montículos la construcción significó una forma de distinguir perdurablemente estas construcciones -y/o su representación social- del resto de las construcciones circundantes.

Dentro del área muestreada se registraron 8 montículos con las características correspondientes al Tipo 1, denominados con la letra M seguida de números romanos consecutivos, y 10 correspondientes al Tipo 2, designados con una letra M seguida de números arábigos consecutivos (FIGURA N° 3).

Los recintos están constituidos por estructuras circulares o subcirculares, de dimensiones variables, construidos con muros de piedra y sin una orientación definida, al menos en cuanto a su forma, pero niveladas en relación a la línea de pendiente. Se pueden diferenciar recintos simples y aglutinados, en términos de cantidad y disposición de las estructuras circulares. Se consideraron recintos aglutinados a la conformación de estructuras circulares simples que se encuentran vinculados por, al menos, un muro en común, admitiéndolos como espacios domésticos particulares⁵ (Somonte 2009). En base a esta diferenciación se definieron siete recintos, nominados con la letra R mayúscula seguida por números arábigos consecutivos, comenzando la numeración en el recinto R7, excavado en esta ocasión. Atendiendo a nuestro interés de determinar las formas de articulación de los recintos con los montículos, se planteó una tabla (TABLA N° 3) en la que se registran características de este tipo.

De esta manera se refleja claramente que todos los recintos presentan al menos un montículo del Tipo 2 asociado. Igualmente, ninguno presenta relaciones constructivas directas con alguno de los montículos de Tipo 1.

Excepciones a esta generalidad son R10 y R11 por un lado, y R13 por otro. En ambos

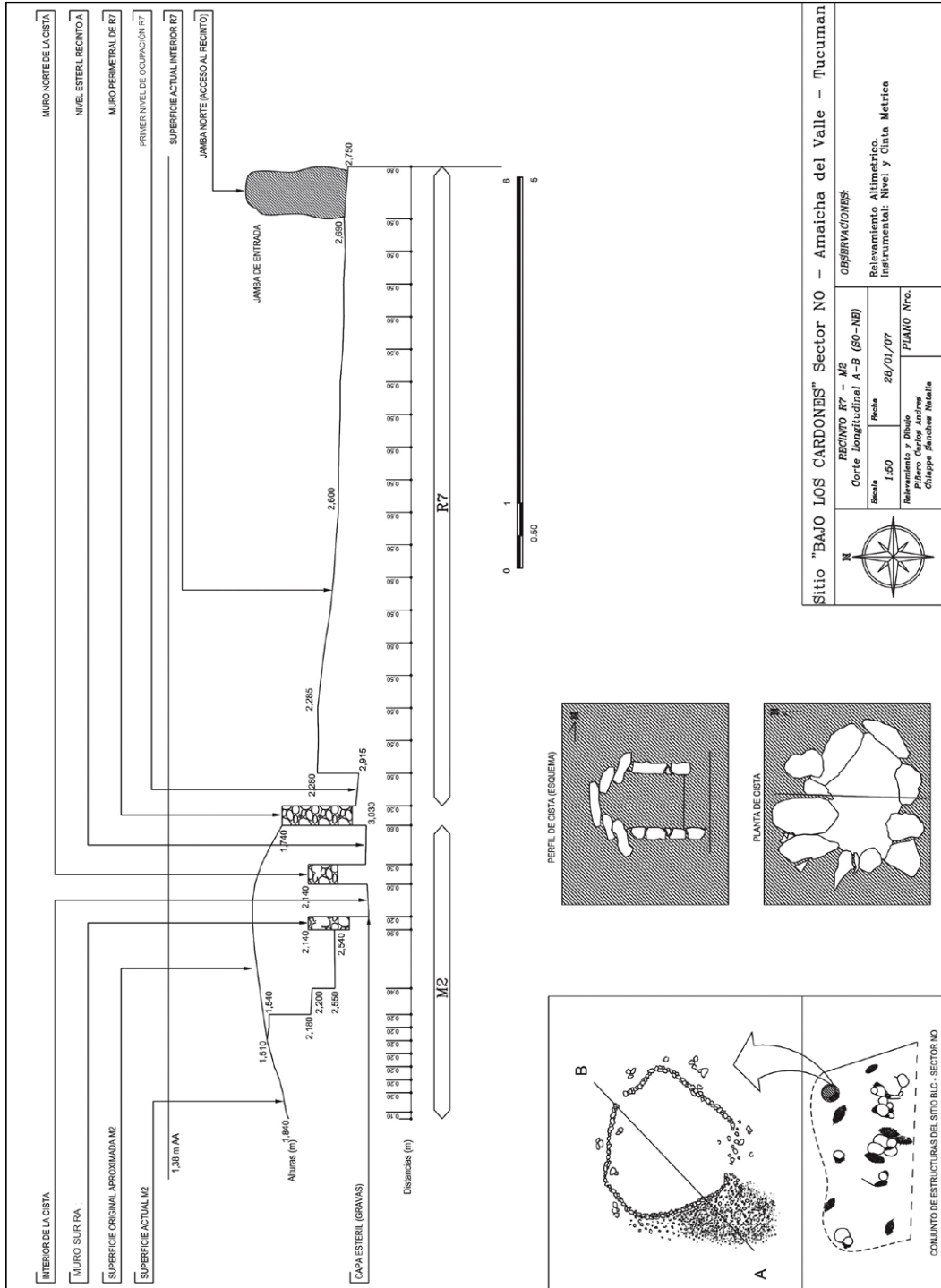


FIGURA 4 • CORTE LONGITUDINAL DE R7 Y M2.

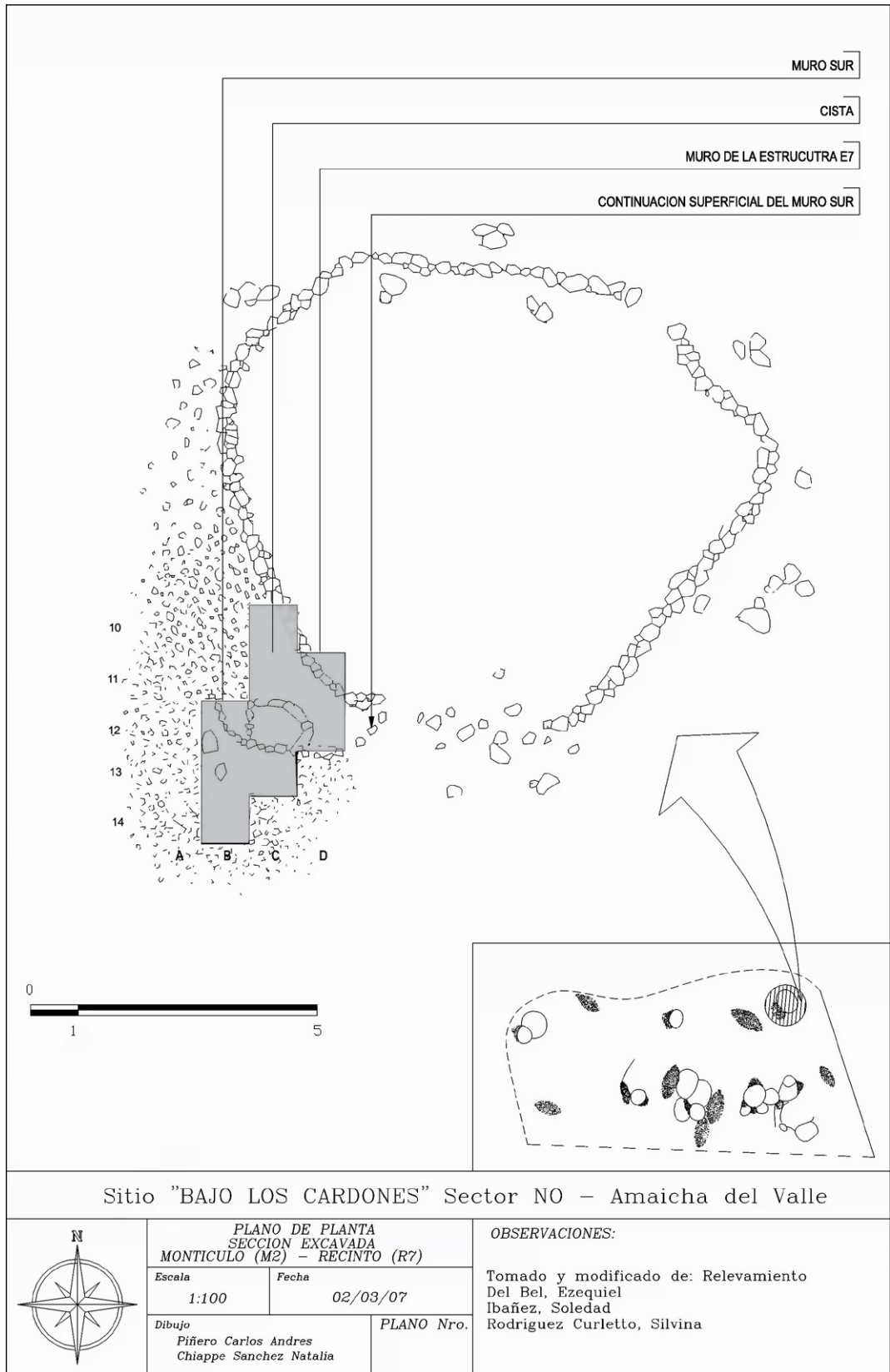


FIGURA 5 • ESTRUCTURA R7 Y M2. ÁREA ESCAVADA.

Atributo	R7	R8	R9	R10	R11	R12	R13
Cantidad de estructuras circulares	1	1	2	1	4	6	3
Montículos Tipo 1 asociados	--	--	--	1 tangencial	3 tangenciales	--	--
Ubicación de los Montículos	--	--	--	Al oeste del recinto	2 al este del conjunto, 1 al oeste	--	--
Montículos Tipo 2 asociados	1 adosado	1 adosado	1 adosado al recinto menor	1 adosado	1 interno	5 adosados	--
Ubicación de los Montículos	Al suroeste del recinto	Al oeste del recinto	Al oeste del recinto menor	Al sureste del recinto	En la intersección de 3 de los recintos	2 a los recintos mayores (1 al norte y 1 al este), 3 en la intersección de recintos, todos al sur.	--

TABLA 3 • ATRIBUTOS ARQUITECTÓNICOS DE LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS.

casos la excepción está dada por motivos diferentes. En R10 y R11, los montículos mayores parecen estar ubicados tangencialmente a algunos círculos de los recintos, pero la construcción de los mismos no evidencia nexos claramente intencionales, sino más bien sujetos a eventos naturales postdeposicionales. Estos montículos, los cuales presentan las mayores dimensiones y alturas de todo el sector relevado, han sufrido varios eventos de derrumbe, dirigidos naturalmente en sentido de la pendiente, provocando esta asociación superficial. Aún así resulta interesante marcar la proximidad entre el conjunto aglutinado y los montículos, principalmente en lo que respecta a R11.

En cuanto al segundo caso, la ausencia de montículos en R13 puede estar relacionada a factores antrópicos actuales, puesto que este sector es utilizado como senda por los lugareños, se encuentra colindante a una línea de división de tierras, etc. En este caso también resultó difícil determinar si R13 correspondía a un recinto independiente o formaba parte de R12. Siguiendo el criterio de demarcación propuesto para definir a los recintos, se decidió establecerlo como independiente, por no encontrar un muro en común con R12. No obstante, esta salvedad es considerada al momento del análisis.

Algunas estructuras presentan un grado de complejidad mayor que otras, como es el caso de R12, donde las estructuras circulares no solo están adosadas a un círculo en común, sino también se relacionan a través de uno de ellos a otro subconjunto. A su vez, puede verse una diferenciación en la cantidad de montículos de asociados a este conjunto, estando los mismos relacionados tanto a un solo recinto como también haciendo de nexo entre dos o más de ellos.

LAS FORMAS DE HACER: ESTRUCTURAS MONTICULARES

LOS MONTÍCULOS TIPO I

Como puede verse, la forma de estos montículos es uniforme en todos los casos, variando levemente el tamaño y altura, pero manteniendo constante la relación entre cada eje considerado. En general, se encuentran aislados, ubicados entre recintos circulares, individuales o aglutinados, y solo en tres casos colindando tangencialmente con alguno de estos recintos.

Otra característica importante de estos es que están ubicados de manera tal que su visibilidad y exposición en el terreno los impone

en relación a las construcciones restantes. A su vez, si uno se para sobre el sector más elevado de los mismos tiene una visión panorámica de las estructuras que se encuentran colindantes, chocando en el horizonte con el siguiente montículo de este tipo.

Los datos con que contamos sobre sus evidencias subsuperficiales provienen fundamentalmente de las excavaciones ‘particulares’ realizadas por Don Juan Zazo, antiguo dueño de estas tierras. Según los datos recuperados por Somonte (2002), Don Zazo excavó algunos de los montículos en los cuales encontró cuerpos humanos. Al menos en uno de los casos, se extrajeron dos cuerpos, ubicados en un “cajón” de piedras paradas -uno de los cuales queda aún al descubierto-, en el cual se encontraba el cuerpo extendido. Asociados a los cuerpos halló vasijas de cerámicas completas, sin tener información sobre la cantidad y características de las mismas.

En este trabajo de campo ratificó lo dicho con anterioridad a Somonte (2002), agregando, en relación a algunas preguntas nuestras, que “...es en los festejos [montículos] aquellos [grandes] donde hay [entierros] en estos no [los montículos adosados a las estructuras] en aquellos uno cava en el medio un metro y empiezan a aparecer las lajas paradas del cajón, ahí empieza, ahí están los huesos [cuerpos extendidos], después están las vasija, varias grandes, acá no...”. Por lo visto, Don Zazo pudo descubrir un patrón bastante claro en relación a los enterratorios en los montículos de Tipo1. Al parecer, exhumó cuerpos de individuos adultos, de acuerdo a su descripción de los restos óseos encontrados. Posiblemente la posición de los enterratorios en los montículos de Tipo 2, sobre el sector este, o la escasez de piezas ‘importantes’ influyeran en su noción de dónde ‘hay o no hay’ entierros (Chiappe Sánchez 2007).

Otro dato, aunque sin tener la total certeza de que se trate de este sitio específicamente,

lo constituyen las expediciones de Adán Quiroga (1912) por la zona de Amaicha. Describiendo las zonas de entierros de Amaicha del Valle y sus alrededores menciona un paraje que, en cierta forma, hace referencia a lo que se encontró en Bajo los Cardones, aunque no da su ubicación exacta. A él se refiere de esta manera:

“Pero, sin duda alguna, el cementerio más es el denominado de “La Apacheta”, donde se halló mi ídolo Tinaja á legua y media al oeste. Ese panteón es de varias cuadradas y va hasta cerca de Enculilla. Allí hay una buena profusión de *mounds* o colinas artificiales y túmulos. Estos *mounds* tienen 8, 10 y 20 m de largo, por 2,4, y 6 de alto y túmulos hay de 6 á 10 m de alto, como la mama de una mujer. He practicado durante dos días excavaciones con espléndidos resultados. De un túmulo se han sacado ocho esqueletos, tres encima de otros tres y dos á los costados, practicando un socavón que va al interior. De los *mounds* se ha sacado también de en medio cuatro, seis, diez, doce cadáveres en cada uno, estando generalmente en el interior estos cadáveres rodeados de piedras paradas á sus contornos. Los cadáveres suelen estar acostados de espaldas. Estos *mounds* y túmulos eran trabajados con altos de arenas, traídos de un arrollo seco, de alguna distancia. Después, el montón de arena era revestido de tierra greda, y encima pedregullo negro, en mucha profusión para la dureza contra las aguas.” (Quiroga, 1912: 155).

Estos son los antecedentes con que contamos hasta el momento sobre lo que guardan los montículos Tipo 1, y aún sin ser terminante se conforma como configurante de un principio descriptivo de las “formas de hacer” sociales con respecto a este tipo de estructuras.

LOS MONTÍCULOS TIPO 2

Las características de estos montículos son notablemente diferentes a los anteriores, manteniendo cierta regularidad entre ellos. En general de forma semicircular, presentan menores dimensiones que los de Tipo 1, con alturas inferiores al metro, orientaciones variables y en todos los casos adosados a recintos circulares. En algunos casos, como M2, M6, M7 y M9, pudieron registrarse unas rocas en la base de los montículos que parecen funcionar como contenedores de los mismos. En los casos restantes esas hileras de rocas de mayor tamaño, enclavadas en el terreno, posiblemente también están presentes pero cubiertas por el derrumbe del pedregullo superficial.

Las excavaciones llevadas a cabo en enero del 2007 (Chiappe Sánchez 2007) en el montículo M2, asociado al conjunto arquitectónico R7, ubicado en el extremo norte del sector noroeste del sitio (FIGURA N° 5), permitieron caracterizar con mayor claridad los montículos de Tipo 2.

Este recinto está conformado por una estructura subcircular -de 11 x 9 m- con un acceso bien definido hacia el norte. En la zona suroeste de la misma se encuentra adosado un montículo de los definidos como Tipo 2 -semicircular, de 4,5 x 7 m-, con una altura aproximada de 0,80 m, y orientado longitudinalmente de sur a norte. Este conjunto fue excavado parcialmente por C. Somonte en el 2005, siendo las excavaciones del 2007 una extensión concentrada en la estructura monticular.

A nivel superficial, posee en su base rocas grandes, clavadas en el terreno, a modo de contención de las gravas más pequeñas que forman el montículo. Estas rocas se ven claramente en la parte suroeste del mismo, perdiéndose hacia el norte por el derrumbe de las gravas. Esto resulta importante al momento de definir los límites del montículo, pero por tratarse de una aproximación superficial

se decidió considerar la parte monticular más destacada. Aún así, a nuestro parecer, el montículo sería de menor dimensión, principalmente en cuanto a su largo, ya que en esa dirección (S-N) se encuentra la línea de pendiente y la mayor diferencia de altura en relación a toda la estructura.

La excavación realizada en el montículo M2 dejó al descubierto una pequeña, pequeñísima, porción de los “lugares” diseñados y practicados por los habitantes de este espacio. Entre rocas, fragmentos de cerámica, líticos modificados por la acción antrópica, restos faunísticos y arqueobotánicos, sedimentos coloreados por antiguos labores, comenzaron a asomar muros que, delimitando espacios, configuraban lugares, algunos definidos arquitectónicamente, otros por indicios de prácticas, y algunos solo palpables por su falta de definición.

EL CASO DE ESTUDIO: MONTÍCULO M2

Mediante la excavación se descubrió que la estructura monticular sirvió para “monticulizar”, a modo de señalización, una construcción previa. Esta última estaría formada por una estructura subcircular, adosada al recinto circular mayor (R7), de la cual solo detectamos parte del muro, el que parece mostrar una continuidad superficial cerrándose hasta toparse con el perímetro de R7. Esta estructura fue denominada recinto A, con el fin de poder diferenciarla del resto de las construcciones detectadas en superficie. Las dimensiones de este recinto, definidas a partir del área expuesta, y considerando sus posibles prolongaciones en relación a la curvatura del muro, oscilarían entre los 2 y 3 metros de ancho, no siendo posible estimar su longitud. El muro de este recinto, con una altura uniforme entre 1 y 1,10 m, fue realizado con rocas de diferentes tamaños unidas por un mortero de barro batido, con una notoria diferencia en el acabado de ambas caras. Una de ellas presenta la superficie regular y prolija, mientras que la otra es irregular y descuidada. Esta diferencia puede estar dada en función al grado de ex-

posición que tendría cada una de ellas y la técnica constructiva empleada. Si consideramos la curvatura de este muro como indicador de un “adentro” y un “afuera”, la cara regular y prolija correspondería a un sector interno/expuesto y la otra a uno externo/cubierto. El muro fue apuntalado externamente con rocas de mayor tamaño y numerosas cuñas cubiertas con sedimento y gravas, formando un talud que, al parecer, luego fue nivelado hasta la altura máxima del muro.

En el interior de este espacio se localizó una cista (FIGURA N° 6), con una planta trapezoidal orientada en sentido este oeste, de 1,70

x 0,90 m aproximadamente. Está constituida por tres muros de piedra, adosados al perímetro del recinto A, y cerrada en su sector superior por rocas de gran tamaño ubicadas con su eje mayor en sentido horizontal, dándole una forma de falsa bóveda. Los tres muros referidos fueron realizados con una técnica constructiva diferente a la aplicada para el recinto A, y semejante a la empleada para R7. Los muros este y oeste presentan, como eje central, una roca asentada verticalmente sobre su eje mayor, rellenando el espacio restante con rocas de menor tamaño, unidas con mortero de barro batido. Para el muro norte se emplearon rocas de diferente tamaño. Las de



FIGURA 6 • SECCIÓN SUPERIOR DEL RECINTO RECINTO A CON LA CISTA ADOSADA. FOTO EN NEGATIVO.

mayor dimensión fueron orientadas también longitudinalmente en sentido vertical, unidas con el mismo tipo de mortero. Este muro presenta una distinción con respecto a los otros, puesto que en el barro batido que sirve de unión a las rocas se visualizan fragmentos de restos óseos faunísticos. Esta diferencia en el mortero es evidente en la sección oeste del muro, no registrándose en el extremo este. A su vez, la sección oeste está formada por una sola roca, sin incluir en los intersticios el ordenamiento de piedras menores, típico de las demás. Si a esto le agregamos las diferencias estratigráficas subyacentes, resultaría lícito pensar que esta sección tuvo un evento de reapertura, en cuyo cierre se introdujeron estas variables constructivas.

El muro perimetral del recinto A, en el sector que correspondería al centro de la cista, presenta una particularidad en cuanto a su construcción. En su sector medio, se observa una roca plana, de bordes redondeados, que sobresale 10cm aproximadamente del muro. Esta roca se registró unos centímetros por encima de uno de los cuerpos y presentaba, en uno de sus bordes, una mancha rojiza de origen indeterminado macroscópicamente.

Se realizó un corte longitudinal (FIGURA N° 4) de todo el conjunto, R7 y M2, para dimensionar más claramente sus relaciones superficiales y subsuperficiales. En este gráfico puede observarse la escasa diferencia de profundidad entre la base del muro del recinto A y la correspondiente al muro de la estructura R7. Asimismo, entre la base de estos y la del muro norte de la cista la diferencia se hace más notoria. El último piso de ocupación registrado en el interior de R7, se corresponde con el nivel de base de su muro perimetral, marcando un importante desnivel con respecto a la base del montículo, y mostrando también una diferencia sustancial con el nivel superficial del mismo. En relación a esto último, una vez monticulizado el recinto A, la visual de este espacio sería de su entero dominio, solo superado por la imponente jamba de acceso al recinto mayor (R7).

LO QUE CONTIENEN LAS FORMAS

Por razones de espacio, en el texto, se presenta solo una síntesis de los datos que más significativos en relación al objetivo de este artículo, dejando para otra ocasión un detalle de los mismos.

La cista acogía en su interior a dos individuos (FIGURA N° 7), inhumados de manera diferencial, tanto formal como temporalmente.

El primero, en principio considerado así por el orden de hallazgo, denominado CI, corresponde a una inhumación primaria -anatómicamente completo, recostado decúbito supino- de un adulto masculino maduro de entre 30 y 45 años de edad aproximadamente⁵. Este sujeto fue acompañado por diversos elementos. En las proximidades del cráneo, en el ángulo que forman los muros norte y este, se encontraron dos rocas planas que servían de soporte a una vasija de cerámica y en el otro extremo de su cuerpo depositaron, sobre el pie derecho, una punta de proyectil de obsidiana. En su flanco derecho, próximos a las piernas, y unos centímetros por encima de la roca de apoyo, se encontró el esqueleto completo y articulado de dos roedores (*cricetidos*), uno adulto y el otro juvenil. En el sector del pecho se registraron dos metapodios, uno completo y el otro fragmentado, de ocelote (*Felis pardales*)⁶.

Todo el lado izquierdo del cuerpo estaba levemente sobreelevado (entre 1 y 2cm) y acomodado contra el muro sur de la cista. La cadera estaba asentada sobre una roca, contra la cual también apoyaban los talones (calcáneos). La caja torácica, en su flanco derecho, presentaba una particularidad que nos llamó la atención, observándose las últimas costillas colapsadas hacia el exterior del cuerpo. A su vez, la región pélvica exponía varias fisuras, estando el pubis derecho separado del isquion. Es posible que estas particularidades se deban a que este sector del cuerpo sufrió la acción de una fuerza en

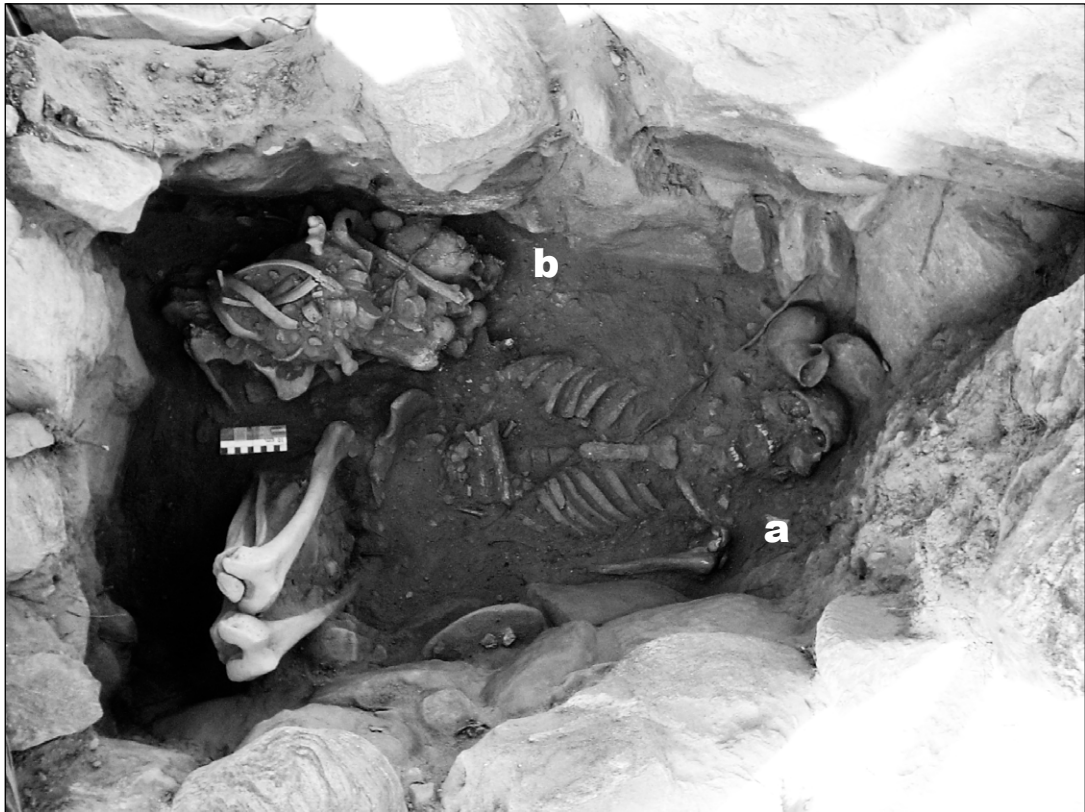


FIGURA 7 • FOTO DE PLANTA DE LA CISTA CON LOS ENTIERROS A. CUERPO I; B. CUERPO II.

sentido norte sur, previo a la descomposición completa, puesto que de otra manera se habría desarticulado gran parte del esqueleto. Esta particularidad, apoyada sobre caracteres de tipo estratigráfico, sostienen la hipótesis en cuanto al orden de depositación de los cuerpos (Chiappe Sánchez 2007).

El segundo cuerpo, denominado CII, fue ubicado en el ángulo noroeste de la cista, hacia la derecha de CI, a la altura de su cadera y piernas. La forma de enterramiento de este sujeto es diferente al caso anterior, correspondiendo a una inhumación secundaria de un adulto masculino, de entre 23 a 29 años aproximadamente. Todos sus huesos largos, a excepción de un húmero, estaban dispuestos con las articulaciones proximales orientadas al este, y acomodados dentro de lo que parecía un ‘envoltorio’ constituido por sus propios huesos. En asociación a CII, más precisamente en el interior del fardo que formaban los huesos, se registraron

dos metapodios, uno casi completo y el otro completo, de ocelote (*Felis pardalis*) y un canino (colmillo), calcinado, taxonomicamente asignable a la misma especie.

Es decir, hasta el momento, estamos ante la presencia de dos sujetos de sexo masculino, uno adulto maduro avanzado, entre 30 y 45 años de edad; y otro un poco más joven, entre 23 y 29 años. Ahora los cuerpos nos van acercando a los actores, a través de quienes procuraremos aproximarnos a las prácticas sociales de su grupo, sus modos de hacer y designar la muerte.

LA ESPACIALIDAD DE LOS LUGARES, EL TIEMPO DE LAS PREGUNTAS

Sobre la base del conjunto de variables analizadas podríamos decir que el montículo es el último evento de una serie de construcciones de este espacio para la

muerte. Más precisamente, la monticulización constituiría una forma de señalar, imponer, significar lo que yace en su interior.

El lugar posiblemente fue fundado como tal en el mismo momento en que decidieron ritualizar la ocupación de ese espacio. Así es como interpretamos un conjunto de fragmentos cerámicos tiznados, correspondientes a un mismo tiesto, registrados en el primer evento de ocupación, previo al comienzo de la construcción de los muros. Luego de la fundación del espacio, éste comienza a restringirse arquitectónicamente. Es decir, ya se había decidido qué se haría adentro y posiblemente también afuera. Esto lo pensamos por la ausencia de evidencias de actividades distintas a las consideradas fundacionales en el recinto A, por lo que es poco probable que su configuración se haya visto organizada o reorganizada por otras prácticas cotidianas. Por esto, lo interpretamos como un modo de organización preestablecida. Esto podría correlacionarse con el aspecto superficial general y la ubicación espacial de los demás montículos de este tipo, pensando que también subsuperficialmente son semejantes. Si esto es así, la manera en que se configuran los espacios domésticos en este grupo está claramente preestablecida a nivel social.

El recinto A, sería entonces pre-concebido como el lugar definido que ocuparían los muertos en este espacio doméstico particular. La construcción material de un lugar para los muertos puede ser entendida desde varios puntos. Por un lado, juegan un rol de contención del cuerpo, pudiendo considerarse dentro de esto un aspecto funcional con implicancias sanitarias. Pero también, y con mucha incidencia en el tipo de arquitectura desarrollada -entre otras prácticas significativas-, cumple el rol de perpetuación -y/o reconfiguración- del sujeto social y la construcción de memoria entre los vivos (Archugal 2003, Gil García 2002, Hutson 2002, Jelin y Langland 2003, Kaulicke 2000, Nielsen 2008, Romero *et al* 2004, Thomas 1983, entre otros).

La cista fue edificada a partir del muro perimetral del recinto A, al cual posteriormente se adosaron los tres muros restantes. En esta cista se inhumó, en principio, el cuerpo de un hombre adulto acompañado por una serie de elementos con significancia social. Entre éstos, un hallazgo interesante, por un lado por su peculiaridad en el registro arqueológico del NOA, lo constituyen los metapodios de felino -ocelote- registrados entre las costillas de este hombre. Posteriormente, aunque sin poder determinar el tiempo transcurrido, junto a este hombre fue depositado un joven adulto. Esta nueva inhumación implicó la apertura de la cista y, de acuerdo a las evidencias, la puesta en práctica de nuevos rituales de incineración. La capa de cenizas se extendía por debajo del cuerpo del segundo sujeto (CII) y se extendía bajo el muro norte de la cista, en su sector oeste; este es el sector que fuera reabierto para introducir a este último, el cual también presentaba asociado partes de la pata de un ocelote y además un canino del mismo tipo animal. Esta recurrencia, entre partes esqueletarias del felino y asociación con los sujetos, implica un segundo punto de interés sobre el hallazgo, punto sobre el que volveremos posteriormente.

Por el momento, podemos arriesgar que el joven fue enterrado, en un primer momento, en otro lugar, sin poder aproximar una 'distancia' relativa. Entre su muerte y exhumación en el primer lugar de entierro, transcurrió una 'x' cantidad de tiempo⁷. De igual manera, entre la muerte del hombre adulto y la incorporación del joven a la cista, transcurrió otra 'x' cantidad de tiempo. Ahora bien, en relación a esto nos interesa recalcar que, más allá de cómo pudieron ser las sucesiones, el segundo cuerpo fue previamente removido de un 'otro lugar' e incorporado intencionalmente, y quizás premeditadamente, junto al hombre para quien fue construida la cista. ¿Implicaría esto un vínculo indisoluble con este espacio doméstico? ó ¿el vínculo está planteado por los lazos entre ambos hombres? ¿Podría estar indicando la adscripción de estos hombres a un 'ancestro mítico común'?

Posteriormente, también sin poder mensurarlo, se selló con otro sedimento hasta la altura de la falsa bóveda de la cista. Suponemos que este evento significó el sello total del interior del recinto A. Con posterioridad se produjo la monticulización del recinto A y su sector circundante externo, pero con un material diferente -rocas de mayor tamaño- al empleado en el interior del mismo.

Ahora bien, la monticulización de este espacio implicaría, de alguna manera, el completo cierre de todo el recinto A y, por ende, de la/s estructura/s funerarias particulares que pudieran encontrarse dentro del mismo. ¿Qué implicaría esto en relación a la vida cotidiana de los residentes de este espacio doméstico? ¿Será que ya estaban enterrados todos los cuerpos que podrían enterrarse allí? ¿Ó ¿indicaría un abandono de toda la estructura como espacio doméstico? ... ¿Cuál será el rol de los muertos y sus espacios en relación a la cotidianidad de los vivos?

CONSTRUIR, SIGNIFICAR, PERPETUAR...

En el sector noroeste del sitio Bajo Los Cardones, los lugares para la muerte dominan el paisaje de los vivos. Sus atributos, muy bien definidos por sus constructores, configuran la importancia que tenían los difuntos en la cotidianidad de la vida social.

Al parecer, no todos los difuntos contaban con un mismo capital, la construcción de los espacios muestra la fundación de lugares diferenciales entre los muertos. Diferenciales y diferenciables, es decir, cada cuerpo marca un espacio posible de ocupar, y cada lugar fundado por él/ellos una forma particular de perpetuarlos en la vida social, incluyendo su reproducción futura.

No obstante esta discrepancia, la cual consideraremos más adelante, la monticulización en ambos casos marca la intención de los actores sociales por monumentalizar estos lugares, hacerlos trascender. Esto involucraría no solo a los cuerpos depositados allí, sino

también la significación dada a estos sujetos por la sociedad misma, y las implicancias que tiene la muerte en la construcción de la memoria -en la cual se inscriben los *habitus* sociales (Nielsen 2008)-. Es decir, nos referimos a una forma de perpetuación y legitimación de los órdenes establecidos en un momento dado, por una sociedad en particular, más claramente, a los *habitus*. Podríamos decir entonces que, en su significancia social, estos muertos no están tan muertos.

Ahora bien, si en la construcción de la muerte encontramos una forma de perpetuar y legitimar los *habitus*, la pregunta sería ¿qué es lo que están monumentalizando?

Los cuerpos, como construcción social, son nuestro punto de partida. Si consideramos que las monticulizaciones registradas corresponden a espacios funerarios⁸, sería lícito pensar que el rol que cumplieron los sujetos -o cumplirán-, personificado en su cuerpo, es lo significativo. Aunque esto es bastante discutible, puede emplearse como eje inicial.

Si continuamos desagregando los datos siguiendo esta línea, marcaríamos una diferenciación en los roles que cumplen estos actores sociales, signada por la distinción en los atributos de los montículos. Ahora, si para resaltar esta discrepancia edilicia nos centramos en la ubicación espacial, esta distinción de roles los posiciona diferencialmente en el campo social: los montículos de Tipo 1, posicionados entre y sobre los espacios domésticos, en relación a los montículos de Tipo 2, como parte integrante de estos conjuntos. Esto implicaría una incumbencia en dominios sociales diferentes: uno comunitario y otro doméstico -sin ser estos necesariamente excluyentes-.

La localización espacial de los montículos mayores los involucra en un ámbito comunitario, sin una asociación directa con alguna de las unidades consideradas como espacios domésticos. A la inversa, los montículos Tipo 2

se vinculan arquitectónicamente como parte integrante de lo doméstico. Si a esto último le agregamos las particularidades constructivas subsuperficiales, las formas -incluyendo el arreglo de los cuerpos- también reflejan diferencias.

Por el momento hemos denotado las diferencias formales como indicadores de la diferenciación de roles sociales. Esta diferenciación de roles y del ámbito de su incumbencia, a nuestro modo de ver, no indican necesariamente que tal diferenciación se produjera en la vida de los sujetos cuyos cuerpos fundan estos lugares. También puede ser que su capital, cualquiera fuera su índole, se ve distinguido por un plus simbólico del cual se hacen acreedores solo al momento de su muerte. Es decir, es posible que los modos de legitimar un orden social dispuesto, estén dados por el capital simbólico que adquieren determinados tipos de actores sociales al momento de su muerte. Hutson (2002: 72) menciona una diferenciación de posiciones "... Bourdieu (1991: 117) afirmó que los ritos de consagración separan no meramente aquellos que han sufrido el rito (el muerto) y aquellos que no lo han hecho todavía (los vivos), sino también a quienes el rito pertenece (aquellos que serán enterrados a la muerte) y aquellos a quienes no (aquellos que no serán enterrados, la muerte)...". Para este autor esto se configura como un límite que produce discontinuidad fuera de la continuidad, constituyendo así los grupos sociales.

Así, se ha planteado que los 'ancestros' desde tiempos arcaicos (Archugal 2003, Aschero 2006, Gil Garcia 2002, Hutson 2002, Jelin y Langland 2003, Kaulicke 2000, Nielsen 2006, 2008, Romero *et al* 2004, entre otros.), juegan un rol fundamental tanto en la fundación de lugares como también de demarcadores territoriales, de protectores de la comunidad o de sus descendientes, como fuente de configuraciones identitarias y memoriales. En estos casos el ámbito de lo social involucrado tiene escalas distintas, lo que no implica, a su vez, exclusión entre ellas.

Entonces, redefiniendo nuestro punto de partida, la construcción de los lugares para la muerte, en el sector noroeste del sitio Bajo los Cardones, es pensada como una forma de legitimar y perpetuar los *habitus* sociales del grupo, en este caso el rol de los ancestros. La discrepancia en los modos de hacerlo estaría demarcando diferencias en el capital de los actores sociales que allí residirán y su consecuente rol en la cotidianeidad de los vivos. En el caso de los montículos de Tipo 2, la co-residencialidad de los vivos y los muertos puede entenderse como una perpetuación de la convivencia y de los órdenes domésticos. De esta manera, su significación quedaría restringida al campo 'familiar' o corresidencial. En cambio, en el caso de los montículos de Tipo 1, estos tendrían un rol más abarcador, el cual incluiría al colectivo social, no involucrándose distintivamente con ninguna de las unidades menores. Los cuerpos fundantes de estos montículos contarían, en su muerte, con un capital que los posibilita a demarcar, sobresalir en la sociedad en su conjunto.

Concentrándonos, entonces, en la monticulización como marca social, la diferencia se podría constituir como base de distinción sobre la significación social de los sujetos fundantes y sus incumbencias memoriales. Aún así, esta demarcación, como criterio, no se restringe solo a distinguir sino también a unificar. La idea de un imaginario compartido sobre la muerte y sus roles, significativa en todas las escalas y distintivo en ellas, pero configurado como parte de todos los ámbitos de la vida social e involucrado en la cotidianeidad de los vivos substancialmente.

AGRADECIMIENTOS

Al Lic. C. Aschero, por generar el espacio, en toda su connotación, para proyectar y llevar a cabo este trabajo, por incentivar incansablemente el deseo de investigar. A la Dra. C. Taboada y Mg. E. Noli por los aportes en la corrección de trabajo de tesina del cual este artículo es una parte. A la Dra. I. Gordillo

por la corrección de una versión preliminar. A la Arq. C. Somonte por abrir las puertas en su área de estudio y el apoyo inagotable. Al grupo de personas que de diferentes maneras aportaron a este trabajo en sus distintas etapas de investigación: T. Fernandez Olmos, B. Manasse, M. G. Colaneri A N. Nacif y C Gomez Cardoso. Al equipo de campo: D. Argañaráz Fochi, F. Fernández, F. Germano, C. Gómez Cardozo, P. Navarro, M. Nieva, S. Mamani Segura y J. Medina Chueca. A C. Piñero por el trabajo compartido desde todos los ámbitos de la cotidianidad, incluida en ella la investigación. Las tareas de campo se realizaron en el marco del proyecto CIUNT G328. Así mismo, extendiendo mis agradecimientos a los evaluadores de este trabajo por el aporte realizado y las críticas constructivas que sirvieron a mejorarlo.

NOTAS

1. Este artículo es parte del Trabajo Final de Carrera para acceder al título de arqueóloga.
2. Según Bourdieu (2007b) la noción de capital se extiende a todos los bienes, materiales o simbólicos, sin distinción, que se presentan como raros y dignos de ser buscados en una formación social determinada. Es decir, no todo bien constituye necesariamente un capital, tiene que ser un bien apreciado, buscado, que, al ser escaso, produzca interés por su acumulación, que logre establecer cierta división del trabajo entre quienes lo producen y quienes lo consumen, entre quienes lo distribuyen y quienes lo legitiman.
3. Este tema ha sido analizado para la arqueología por diferentes autores, Wilk y Ashmore (1988), Adams (1983), Manzanilla (1986), Stani (1989), Blanton (1994) entre otros; citados en Taboada 2003. Se seleccionó este sector para realizar el relevamiento en base a la información recabada en prospecciones anteriores, sobre la base de una homogeneidad en las características constructiva y distribucionales del sector considerado.
4. Somonte (2009) menciona “sobre las actividades que se llevaron a cabo en el recinto 7, la evidencia arqueológica avala la realización de

tareas de preparación, procesamiento y consumo de diversos recursos faunísticos y vegetales. El registro lítico, cerámico, faunístico y vegetal apoyan lo anteriormente mencionado”.

5. En todos los casos se trata de una estimación de campo de sexo y edad. Se tomaron en consideración criterios morfológicos y se realizaron con la asesoría de la Mg. M. G. Colaneri.
6. El análisis zooarqueológico fue realizado por la Lic. Norma Nasif y la Arq. Claudia Gómez Cardozo.
7. La diáfisis y epífisis de sus fémures presentan adheridas a su superficie una considerable capa de pequeñas raíces.
8. Cabe recordar que, hasta el momento, contamos con las evidencias de un montículo de Tipo 2 excavado, y con la información de Don Juan Zazo, quién excavó más de un montículo de Tipo 1, a lo que podemos agregar tentativamente las excavaciones de A. Quiroga.

REFERENCIAS CITADAS

- ACHUGAR, H.
2003 El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (Motivos y paréntesis). En *Monumentos, Memoriales y Marcas Territoriales*, editado por E. Jelin y V. Langland, pp.191-216. Colección Memorias de la Represión, N° 5, Siglo Veintiuno de España y Argentina editores, Madrid.
- ASCHERO, C. A.
2006 Íconos, Huancas y complejidad en la Puna sur argentina. En *Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales*, editado por A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez, P. Mercolli, pp.135-165. Colección Historia Social Precolombina N° 2, Editorial Brujas, Córdoba.
- BOURDIEU, P.
1999 *Meditaciones Pascalianas*. Anagrama. Barcelona.
2007a *El Sentido Práctico*. Anagrama. Barcelona.
2007b *Cosas Dichas*. Barcelona. Gedisa.
2007c *La Miseria del Mundo*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Bs.As.
- CHIAPPE SÁNCHEZ, N.
2007 *Sobre la construcción social de la muerte. Las Prácticas*

- funerarias en un sitio agroalfarero temprano: Bajo los Cardones -Amaicha del Valle, Tucumán.* Trabajo Final inédito de la Carrera de Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto "Miguel Lillo". Universidad Nacional de Tucumán. MS
- DE CERTEAU, M.
1996 *La Invención de lo Cotidiano.* Artes de Hacer. Universidad Iberoamericana, México.
- FOUCAULT, M.
1998 *Vigilar y Castigar.* Siglo veintiuno editores. México.
- GIL GARCÍA, F.
2002 Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. Una discusión orientada a los manejos del tiempo y el espacio. *Anales del Museo de América* 10:59-83. Madrid.
- HERTZ, R.
1960 *Death and Right Hand: a Contribution to the Collective Representation of Death.* The Free Press, Glencoe. Illinois [19007].
- HUTSON, S.
2002 Built space and bad subjects. Domination and resistance at Monte Albán, Oaxaca, Mexico. *Journal of Social Archaeology* 2(1):53-80.
- JELIN, E. y V. LANGLAND
2003 Introducción: Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente. En *Monumentos, Memoriales y Marcas Territoriales*, editado por E. Jelin y V. Langland, pp.1-18. Colección Memorias de la Represión, N° 5, Siglo Veintiuno de España y Argentina editores, Madrid.
- KAULICKE, P.
2000 *Memoria y Muerte en el Perú Antiguo.* Pontificio Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima, Perú.
- MOORE, J.
1996 *Architecture and Power in the Ancient Andes. The Archaeology of Public Buildings.* Cambridge University Press, Cambridge.
- NIELSEN, A.
1995 Architectural performance and the reproduction of social power. En *Expanding Archaeology*, editado por J. Skivo, W. Walker y A. Nielsen. Pp.47-66 University of Utah Press. Salt Lake City.
- 2006 Plazas para los antepasados: descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31:63-89.
- 2008 The materiality of the ancestors: chullpas and social memory in the late prehispanic history of the South Andes. En *Memory Work: Archaeologies of the Practices*, editado por B. Mills y W. H. Walker, pp.207-232. School of American Research Press, Santa Fe.
- QUIROGA, A.
1912 *Monografías Arqueológicas: Amaicha.* Anales de la Sociedad Científica Argentina LXXIV:153-157. Buenos Aires.
- ROMERO, A. G.; C. SANTERO, D.
VALENZUELA, J. CHACARRA, E. ROSELLO y L. PIEACENZA
2004 Túmulos, ideología y paisaje en la Fase Alto Ramírez del Valle de Azapa. *Chungara* 36(1):261-272.
- SOMONTE, C.
2002 *El uso del espacio y la producción y/o descarte de artefactos líticos en la Quebrada de Amaicha, Pcia. Tucumán.* Trabajo Final inédito de la Carrera de Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto "Miguel Lillo". Universidad Nacional de Tucumán. MS
- 2005 Espacio y producción lítica en Amaicha del Valle (Departamento de Tafí del Valle, Tucumán). *Intersecciones en Antropología* 6:43-58.
- 2009 *Tecnología lítica en espacios persistentes de Amaicha del Valle (Tucumán).* Tesis Doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. MS.
- TABOADA, C.
2003 *Arquitectura y Sociedad en la Quebrada de Humahuaca Prehispanica.* Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto "Miguel Lillo". Universidad Nacional de Tucumán. MS
- 2005 Propuesta metodológica para el análisis diacrónico de arquitectura prehispanica

- y la asignación de significado conductual discriminado. Su aplicación en el Noroeste argentino. *Anales del Museo de América* 13:139-172. Madrid.
- THOMAS, L-V.
1983 *Antropología de la Muerte*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México.
- VAN GENNEP, A.
1909 *Les Rites de Passage*. Librairie Critique. Paris.
- VARGAS ARENAS I. y V. VIVAS
2000 Modo de vida, espacio social y vida cotidiana en Caracas. *El Caribe Arqueológico* 4. La Habana, Cuba.